

El Manifiesto

De R. González Pacheco y T. Antillá.

NUM. 2

Buenos Aires, Octubre 15 de 1912

Int. Institut.
Ned. Geschiedenis
Amsterdam

20 CENTAVOS

PERIÓDICO QUINCENAL

Correspondencia:

Montes de Oca 972

Juventud

Se equivocan los que piensan que es de nuestra juventud de árboles jóvenes ó de nuestra briosidad de bestias rudas que nos brotan, como agua de entre las piedras, las flores del optimismo. Se equivocan.

Esta virtud batallera que nos presenta en la vida siempre con el fierro al puño, es una virtud, por excelencia, anarquista.

Viejo y enfermo es Lorenzo, el gran abuelo y, no obstante, sus ideas parecen ramas de junco.

Y Barret, autor de libros resplandecientes, era apenas « un cadáver bastante bien conservado ».

No es cuestión de menos ó de más brios este optimismo. Y así como es en las plantas el fruto la plenitud, en nosotros el optimismo es el fruto. La planta es la idea anarquista.

Y á ella debemos esta verde juventud de árboles jóvenes y esta briosa arremetida de bestias duras. A ella y no á la carne en flor que los años y las luchas se nos llevan.

Crear que estas ideas de la justicia son cosas de juventud, es no creer en las ideas ni en la justicia. Es mirar á la vida con pupilas filisteas, derrotadas de ideal.

Ah, no! Maduros y eternos no pueden, ni han de poder con nosotros los años, las penas, la muerte misma.

Porque la verdad anarquista no es de pompa ni hojarasca; es de profundas raíces. Por eso es que nuestros viejos son así, siempre tan jóvenes; — porque se les va hasta el alma el aliento de los surcos y el oro de las ideas que desparraman... Por eso también, los libros de los hermanos resplandecen tanta vida, aunque ellos se mueran tísicos. Y por eso es que aquí estamos, retoños, flores ó frutos, vibrantes de juventud.

Los dogmas

Quisiéramos que desaparecieran las definiciones de comunistas é individualistas, para dar lugar á esta definición más expresiva: anarquistas.

Y este deseo se funda en lo siguiente: comunistas é individualistas son igualmente libertarios, sólo que profesan diferente dogmatismo. A un comunismo de hecho, si existiera, nada tendrían que objetarle los individualistas, porque, precisamente, los comunismos de hecho sólo pueden existir y existen entre individualistas. Este es el caso de los dos que escriben este periódico, que á pesar de ser individualistas dogmatizantes, (y tal vez por eso, porque los unía eso), no se han sentido de ninguna manera molestos ni limitados en su comunismo que dura ya años; por el contrario, cada uno ha aumentado su conciencia y hasta sus valores personales dentro de él, duran-

do este comunismo lo que ha durado el objeto de permanecer reunidos, por lo que, á trechos, ha sido roto. Nosotros sabemos positivamente que juntos valemos más que separados; que por la división del trabajo, lo que producimos asociados, como proselitismo y hasta como labor de ideas, no puede ser comparado á lo que produciríamos sueltos ó aislados. Tenemos la experiencia. Y sería ridículo negar los resultados de la experiencia para sostener hasta el fin un dogma.

Ahora sí contra un comunismo de hecho como el que relatamos, nada teníamos que objetar; ¡cuánta resistencia, en cambio, contra el comunismo dogmático! Dogma contra dogma, contra el comunismo alzamos el individualismo. De su choque esperábamos que al fin saldría el verdadero, el único dogma que habría de ser profesado por todos los libertarios, olvidándonos de lo esencial: que el anarquismo, como la vida, no tiene dogmas, ó que, por lo menos, su objeto es no tenerlos; que los dogmas son elaborados en las universidades, de « generalizaciones », y que toda generalización es absurda, comprobándose su inconsistencia, en la vida. ¡Un dogma! ¡Una disciplina! Confesemos, compañeros, que ya trabajemos por el dogma comunista ó por el dogma individualista, trabajamos por disciplinar á nuestro futuro... y también por disciplinarnos á nosotros.

No lo conseguimos ni lo conseguiremos porque, felizmente, la vida conserva todo su imperio contra los dogmas. Así encuéntrase individualistas en sus hechos que profesan el dogma comunista, y comunistas, bien comunistas, que profesan el dogma individualista. Los anarquistas, hasta hoy divididos en dogmáticos comunistas y dogmáticos individualistas, debían olvidar estas distinciones que son sólo de los dogmas, para proclamarse para siempre anti-dogmáticos, libertarios verdaderos. Deben suponer que la vida cumplirá á la vida, mientras que el dogma sólo cumplirá al dogma; que así con aquella subsistirá la anarquía, mientras que con éste lo que subsistirá será la autoridad de los profesores alemanes ó de los que puedan surgir más adelante para definir el dogma.

Higos pintados

Higos pintados ha dicho un filósofo griego que es la literatura; higos pintados que no valen lo que los higos en sus plantas, los higos naturales! Y en efecto; corresponden á aquellos los bellos colores engañosos que no tienen en las plantas; pero jugo y dulzura de fruto sólo éstos lo tienen. De ellos es que se repletan nuestras cestas y no de frutos pintados; de ellos, higos naturales, palabras sencillas de los afectos, beso blanco de las novias, y no de frases acaladas, literatura y retórica...

Hablar en libro es algo que se ha hecho ya tan vulgar que no hay casi quien no lo haga. Se le estima un lenguaje superior, y no falta quien sacrifique á un culteranismo cursi y sin gracia, un

temperamento verdaderamente rico, hecho á acuñar en oro sus imágenes. Lo que sufre es la cosecha, porque quien debió dar higos y no los produce sino en pintura, es lo mismo que si se hurtara al fruto; merecería ser seco como la higuera del Evangelio!

Dentro de la cabeza llevamos, como en una estantería, la pesada adquisición de la retórica; pero dentro del pecho lo que llevamos es nuestra propia bestia rubia, que sólo tiene vida por los nervios. Es ella que pone vidrieras rosas al campo cuando lo percibimos rosa; es ella, en fin, que añade jugo y dulzura de fruto á los higos que finge nuestra pluma en galana metáfora!

Retórica es afectación y literatura es culteranismo. No hay como el desnudo en las mujeres y en las frases. Y el desnudo es, en los escritores, nervio al aire. En las mujeres es derramamiento triunfal de la pañuelada de rosas de sus gracias; ¡higos, higos en sus plantas, verdaderos higos naturales que llenan y repletan nuestras cestas!

La prensa

Hoy por hoy, los instrumentos de liberación con que contamos son la escuela y la prensa, pero estos instrumentos en manos del pueblo ten eficaces, pierden todo su valor cuando en mano de los gobiernos ó de una aristocracia hermética, se transforman en institución. La escuela institución, es de lo menos liberador que hay. El parlamento institución, es lo contrario de lo que podría ser, en una gran huelga ó una revuelta, el parlamento de una fracción de pueblo beligerante con el Estado ó el patrono. Y qué decir de la prensa institución, de la prensa cuarto poder ó cuarto estado? Que no es eficaz ya, como instrumento de liberación. La prensa, la escuela y el parlamento institución, son academias herméticas á las que no penetra el pueblo. Instituir estas academias es hacer que vayan á parar á sus manos los instrumentos de nuestra libertad. Y en sus manos ¿qué fuego darán nuestras armas? Ninguno. No sólo no darán fuego, sino que la academia constituirá autoridad, hasta en lo que se refiere á los hechos. Es lo que ha pasado, por ejemplo, con aquellas grandes palizas que nos hizo pegar el comandante Aldao, en 1909, durante los dos meses que estuvimos en su poder, presos, á bordo del « Guardia Nacional », de las que no sólo no se ocupó la prensa sino que desmintió la especie y su desmentido constituyó autoridad todavía! De Ushuaia no hablemos, pues no es nuestra intención resollar por nuestras numerosas heridas, sino verificar un hecho.

Tenemos un cuarto estado, disertador, numeroso. Empero no debemos engañarnos creyendo que estamos morir defendidos por todos esos grandes diarios que por la pequeña hojita de campaña que todavía acoge, sencillamente, maternamente, nuestros dolores y nuestras penas. Ninguna academia es revolucionaria; toda academia es, además, excesivamente conservadora y formalista.

Abrase y léase cualquiera de nuestros rotativos, grandes ó chicos, y se verá que su médula es pragmatista. Y el de más rígido preceptismo, como *La Nación*, es el que disfruta de más autoridad. Y no solamente son conservadoras las academias sino que se constituyen en aristocracias herméticas, cuyo objeto es la defensa del privilegio. La escuela institución defiende su privilegio para educar, el parlamento para legislar y el periodismo para hacer opinión pública. Para tener siempre y constantemente este privilegio en sus manos, fácil es concebir su solidaridad con los demás privilegiados. Por eso decimos que al transformarse en institución, la escuela y la prensa y el parlamento, han perdido todo su valor como instrumentos de liberación, si eno por el contrario excelentes instrumentos de la tiranía.

Los socialistas

Contestando á una objeción nuestra, en estas mismas columnas y en *La Protesta*, dice un diario socialista que desde que están en el Congreso, como una providencia, los doctores Justo y Palacios, circula libremente la prensa anarquista. Quieren dar á entender con esto que á ellos se debe, al espantajo de sus dos diputados, que no espantan tanto como se cree, el que cogemos ya, ahora, de un desahogo relativo. De manera que, según el diario socialista, los diputados nombrados tendrían la doble eficacia de ser útiles por lo que hacen y ser todavía más útiles por lo que no hacen. Atavismo fetichista, afán ancestral de agruparse tras un hombre ó un caudillo, regocijándose si hace, regocijándose si no hace, nos revientan, palabra, estos socialistas con el espantajo de sus diputados, cuya sombra, hasta como espantajo, la suponen santa y curativa como la túnica del Cristo! Si estamos mal es porque ellos no han hablado; si estamos bien — relativamente, es claro — es porque ellos no han hablado tampoco, pero podrían hablar, son una amenaza... ¡Siempre es Dios el espantajo! Siempre es la providencia — esta discutible providencia que hasta sin pensarlo, por acción refleja, confiere beneficios en los que recién cae *La Vanguardia* — ó cómplice ó autora de nuestra salvación. ¡Divina Providencia! Cinco centavitos en óbolo de reconocimiento para ella; cinco centavitos para *La Vanguardia*, número de hoy...

Disentimos profundamente de lo afirmado por el diario socialista. Espíritus positivos, nosotros, no podemos admitir lo providencial ni como hipótesis. Sabemos de esfuerzos de hombre, de voluntades germinativas de granos y de ideas; pero nada más. ¿Qué puede hacer la providencia, aunque esta providencia sea esa providencia socialista que nos ha caído ahora para allanarnos el camino, si faltan los granos para que nazcan las plantas de las cuales milagrosamente recojemos hoy

fruto? Creemos nosotros que nada. Sería una providencia desocupada, una providencia ociosa.

En resumen, que nuestra prensa circula libremente porque nosotros, con nuestras manos, no hemos dejado de circularla, clandestinamente ó como se pudo; que estamos en la calle, no por beneficio de ninguna providencia, sino por sacrificios nuestros. Ignoran los socialistas, que quieren robarnos nuestro salario de alegría, los que han caído, destruidos su porvenir ó sus vidas, en pro de esta conquista, que aún puede ser débil y tambaleante, exigir innumerables sacrificios más? ¿Ignoran que estamos aquí sin permiso, que estamos aquí por seguir una ruta y que uno á uno, por centenares y por miles, caemos y han caído para rellenar los fosos para que la caravana pase? Aquí, en los campos, todo trigo nace por esfuerzo del hombre. Y el nuestro, por estar el suelo más duro, para cada grano requiere el esfuerzo de muchos hombres. ¿Cómo quieren robarnos nuestro salario de alegría, á nosotros, que con tanto dolor hoy lo cobramos? ¿Cómo quieren?...

“La Protesta”

Los compañeros que se han propuesto hacer «La Protesta» diario, y son todos, coronaron el sábado 5 del corriente, con otro éxito, su esfuerzo. El pueblo, con ese gran instinto de ideal—sexto sentido—allega su hom-

bro confiado á esta nueva obra de reforzamiento de su trinchera y le da, como otras veces, su sangre y su libertad, su óbolo de hoy, que es oro de gran valor.

Y es que el pueblo, y aún aquél que no tiene una visión filosófica de nuestras cosas, presente que ese vocero anarquista es, al fin y al cabo, su único eterno vocero. Y cuando lo ve acosado, perseguido, clandestino por la fuerza, se ve á sí mismo.

En efecto: nada más equivalente del pueblo que esta hoja revolucionaria, que en sus quince años de vida ha escalado tantas y tan altas tribunas. Como el pueblo, siempre pobre y no obstante tan idealista de la justicia siempre, «La Protesta», es también pobre, pero ardorosa de fe en su triunfo de algún día. Identidad de destinos que no pueden malograr las malas voces del periodismo burgués ni las persecuciones de los más malos gobiernos. Y es que «La Protesta» es el pueblo. Lo entienden, como nosotros, hasta los que la persiguen. Por eso es contra su vida, ante todo, que conspiran los burgueses. Pero vive! Vivirá mientras sea lo que es: brazo, voz, lengua del pueblo!

Entonces, los compañeros que se han propuesto hacerla lo que antes era, diario, pueden descontar el éxito del final, de cuyo el del sábado 5 es una muestra.

Ante una sala rebosante se desarrolló el programa. La conferencia sobre el tema «La Protesta», fué aplaudida.

A poblá...!

Rubén Darío—el eximio, el divino, el grande Rubén Darío—eructa en *La Nación* el champagne de los banquetes con que lo obsequiaron á su paso por Buenos Aires. Blanca es la voz del maestro, como la de un enuoco de la Capilla Sixtina. Y en registros también blancos, cántanos con su voz blanca, la Jauja de la República Argentina, que es Jauja, dice, para los que vienen á trabajar, no «á poblá» como el andaluz del cuento.

Al querido maestro le agradan las ideas cursis cuando quiere hacer ideas, como le agradan las expresiones cursis cuando quiere hacer literatura. En todo y por todo es como esas hembras literatas, de ancho sexo y voluminosas esferas, que se hacen las chiquitas, diciendo: «Montevideo tacita de plata» ó «el mirlo se moría de risa...» Al querido maestro no le den, porque no la quiere, la Rotunda Forma que corresponde al Rotundo Pensar. Enorme como un buey—de blanda, flácida y colgante papada—es novelero, alarmista como una mujer de *Chia* ó de *Moussion*; esas mujeres para la vidriera, fabricadas expresamente por hombres, para espejo de lo cursi y no para abono de la mujer. Tiene el femenino, no de ésta, que es más viril, sino ese otro femenino, hoy de moda, tanto que amenaza desalojar al de la mujer, de los hombres afeminados. A éstos únicamente les es permitido tener una voz blanca como la de los cantores de la Capilla Sixtina y llenarse el cerebro y barajar con la lengua ideas también blancas... En fin, no acusemos á Rubén sino á los veinte siglos de literatura que pesan sobre él axestándolo, como sobre esas hembras literatas, de ancho sexo y redondas esferas, que se hacen las chiquitas, las muñecas, las figulinas, las nenas, cuando son positivamente unas mujeres pantalonzas... ú otros trops, por el estilo!

Al querido maestro le agradan, pues, las ideas blancas, que son las ideas cursis. Así refiriéndose á esta Jauja argentina, que tan pocos jaujanos enriquecidos puede ostentar, dice que ella existe para el que viene á trabajar, no para el que viene «á poblá», como cierto señor literato que venía á ganarse la vida en los periódicos aquí, ó como aquellos inmigrantes que llevó á Cuba el señor marqués de Apezteguía. ¡A poblá! ¡A poblá no vienen á la América sino los marqueses de Apezteguía y los Blasco Ibañez, que se adueñan de la tierra, y aún los Rubén Darío ó los Cavestany, cuando se quedan aquí! Los inmigrantes, los que vienen á trabajar y no «á poblá», es mentira, no encuentran su Jauja nunca. Los que la encuentran son, precisamente, los que vienen «á poblá», ó á poblarse á la tierra pública, á las profesiones liberales, al periodismo como Blasco Ibañez, Talero ó Cavestany. De ellos es la América, para ellos es Jauja aquí, como lo sería lo mismo en cualquier parte. Pero el pobre, el inmigrante, aún el inmigrante intelectual: ¿cómo ha de venir «á poblá», si para él no hay una pulgada de tierra como para esos «trabajadores» que se llaman el marqués de Apezteguía ó Vicente Blasco Ibañez ó el barón Hirsch? ¿Ignora Rubén Darío que la legión inmensa del proletariado del campo, que no ha encontrado su Jauja pero ha encontrado, sí, la barbarie de las policias de tierra adentro, como en el Tan-

nil los canteristas y en otros puntos todos los trabajadores, no sólo no ha venido «á poblá», sino que vive en ranchos ó en chozas, como población flotante? Ellos son los que han venido á trabajar. Y para ellos no es Jauja aquí, como no lo es tampoco en ninguna parte! El querido maestro nos ha hecho uno de sus tantos artículos de ideas blancas, de ideas cursis...

(Recorte)

No son posibles las rivalidades cuando se tiene el mismo interés; no cabe discusión en este caso. Lo que produce las discusiones, el odio, la envidia, es el deseo insasiable de poseer, cuando se posee para sí mismo.

Los girones sangrientos de la herencia común han sido disputados con furor. Cuando la fuerza, destinada al trabajo que produce, se dedica casi por entero á destruir, cuando la conquista trastorna las relaciones naturales entre los pueblos y la extensión del territorio que ocupan y pueden cultivar ¿cómo desórdenes tan profundos no han de producir también sufrimientos igualmente profundos? Divididas las naciones entre sí, cada nación se ha dividido á su vez. Y algunos hasta han proferido estas impías palabras: A nosotros no toca mandar; los otros deben sólo obedecer. Son los que han hecho las leyes para su provecho y las han mantenido por la fuerza.

Se ó dice que la miseria es irremediable y tenéis por el contrario, en vuestra mano el medio de remediarla, ya que el obstáculo no está en la naturaleza sino en los hombres. Lo que es verdad para cada uno es verdad para todos; todos deben vivir, todos deben gozar de una legítima libertad de acción para cumplir su finalidad. No se trata de crear individualmente una suerte mejor, pues la masa permanecería sufriendo y nada cambiaría en el mundo; unos subirían y otros bajarían y esto sería todo.

Lamennais.

Los representativos

Considerarése esto un prejuicio; pero los tipos que se han señalado por algo en la propaganda, pudiendo ser conceptuados, no importa por qué ni por quienes, como *prototipos*, tienen algunas obligaciones más de permanecer honestos y consecuentes, que los que han actuado en un plano más modesto ó en puestos menos notables.

Cuando dentro de un campo ó de una idea, se ha llegado á ser un representativo, para los de afuera á lo menos, como Maturana y Alejandro Maino, sus actos, como hombres, su manera de conducirse en la vida, son tenidas por representaciones; no están tan desligados, pues, ni fuera bueno que lo estuvieran, que puedan recuperar su libertad en un momento dado, sin arrastrar por los suelos esa representación y hacer más mal, en un instante, que todo el bien que antes hicieran. Las ideas valen, son apreciadas por los hombres que hacen; y estas ideas nuestras, sobre todo, que tienen por objeto hacer de todos los hombres, todas las mujeres y aún los niños—carnecitas en flor—sujetos mejores, más honestos, más conscientes, como lo han conseguido ya, en gran parte, en el hogar del obrero...

Las ideas, pues, se resienten y sufren de los actos realizados por todos sus



Monumento á Lamennais, por el escultor Derré

encarnadores, representativos ó no, aunque los realicen éstos en nombre de la libertad que tienen de rechazar por prejuiciosa la propia educación mental ó ideológica y de abrazarse, con corazón libre, á una ó á mil cruces si les parece. Y es doloroso, terriblemente doloroso, que mientras el más triste, el más obscuro obrero—que no tiene, como los representativos, ni quien le aplauda, ni á veces quien le mire siquiera—trata, por todos los medios, de honrar su ideal, la luz de regeneración que entrevió para él y para los suyos, desertando las tabernas y todos los sitios de embrutecimiento, evitando lo que pueda ejemplarizar mal á sus chiquitines, para que sean más libres que él y exista, al fin, sobre la tierra, la humanidad nueva capaz de realizar las nuevas formas sociales con que sueña; los hombres ilustrados, ó los que se tienen por tal, aprovechen su inteligencia para evadir, por prejuiciosa, toda obligación en la manera de conducirse, de acuerdo con las propias ideas manifestadas más de una vez:—y todo por el degenerado afán de ser libres de abrazarse á una ó á mil cruces si les parece y ésto les reditúa un provecho!.. No les negamos el derecho de hacerlo, puesto que reconocemos la más amplia libertad á todos los hombres; pero sí, para educación nuestra, debemos descartar las interpretaciones caprichosas ó degeneradas, pues somos anarquistas no para hacer lo que se nos antoje—lo que sería sumamente holgado—sino para preparar un futuro en que precisamente, lo caprichoso y lo degenerado no han de tener cabida porque, para eso trabajamos activamente y trabajaremos de consuno padres é hijos, para que las generaciones váyanse desprendiendo todas sus taras, ancestrales ó no, que son causa de desunión, de desinteligencia, de *capricho*..

Y para estos fines que perseguimos, los actos de todos los encarnadores tienen la más grande importancia, quizá no para nosotros que no seguimos á hombres sino á ideas, sino para los de afuera, á quienes remachan el grillete del prejuicio ó sirven de pantalla para que, aunque debilitada, llegue á ellos la luz. Con la conversión ruidosa de Alejandro Maino y, sobre todo, de Maturana, se ha visto á todos los frailes dar conferencias en los Círculos Obreros, saliendo de estos actos beneficiado el prejuicio. Un mal tan grande resulta de ello, que no lo compensa todo el bien que pudieran hacer antes.

Esto debe enseñarnos, que si amamos efectivamente el futuro, no debemos considerarnos nunca tan desligados que podamos recuperar nuestra libertad sin arrastrar por los suelos la idea que un día más quisimos. El rechazo es mucho más terrible que lo que nosotros imaginamos.

Y después de todo, si somos representativos—y todos lo somos en algún grado—nos debemos á la representación; no tenemos tales derechos individuales, puesto que para los de afuera no somos individuos sino representación. El prejuicio no está adentro, está afuera. En nosotros no está sino el amor ó el desamor de nuestras ideas, que nos hace obrar de acuerdo ó considerarlas un prejuicio, según los casos.

(Recorte)

Del miedo de todos, nace, bajo la tiranía, la cobardía de todos; pero los que merecen el calificativo de viles en supremo grado son necesariamente los que más se aproximan al tirano, es decir, á la fuente de todo miedo *activo y pasivo*. Por esto, á mi juicio,

hay una gran diferencia entre el miedo y la cobardía; el hombre honrado puede ser por las circunstancias crueles en que se encuentre su país, reducido al temor, pero temerá con cierta dignidad; temerá callándose, huyendo para siempre hasta el aspecto del que siembra el terror por todas partes, y deplorará con algunos amigos la necesidad de temer, la posibilidad de destruir un temor tan indigno ó de remediarlo. Al contrario, el hombre vil por naturaleza, que se ufana de la cobardía y la oculta bajo la máscara infame de un amor fingido, tratará de aproximarse, identificarse, tanto como pueda, al tirano. El miserable espera de este modo disminuir su temor y centuplicar el de los demás.

Me parece pues que está perfectamente demostrado que aunque todos los hombres estén envilecidos bajo la tiranía, no por eso son todos viles.

Victor Alfieri.

Retorno

... Y siempre ha sido lo mismo: las ideas grandes, los esfuerzos varoniles para descuajar de su álveo á los más viejos conceptos, llegado ese gran momento que se cree de madurez y cosecha, sufren recesos terribles.

Pero esto que es natural á cualquier obra humana, desconcierta como á nadie, á los sembradores nuevos. Es de verlos, taciturnos ante la tierra, con tanto ardor ay! labrada, clamando por las semillas que se le pierden. Hasta añoran el obstáculo, la mala broza rampante que obliga, al menos, á accionar el hacha desmontadora. Y tristes y desolados, en la inmensidad vacía, otean, buscan molinos en que ir á estrellar como un lanzazo, su esfuerzo.

Almas de sacrificados, románticos como Cristo, no saben de expectativas ni de compases de espera: ni el triunfo definitivo de las ideas maduras por sus esfuerzos, como un trigo por el sol, ó la renuncia, la muerte en una cruz, como un reproche á la tierra!..

Y no obstante, siempre ha sido así, lo mismo. Porque la siembra de ideas no puede eludir la ley que rige á la vida. Y ley es que todo esfuerzo, llegado á su plenitud, recese, retorne á su antigua fuente para otro esfuerzo. Y para otro. Pues la moral de las siembras no nos la dan las cosechas perecederas, sino el amor á la tierra, que es eterna!

Todo lo grande recesa. Todo lo grande retorna. Y siempre ha sido lo mismo...

La Argentina y sus grandezas

Blasco Ibáñez se ha olvidado de algunas páginas en su monografía acerca de *La Argentina y sus grandezas*, libro de los libros del centenario. «El Archivo del General», por ejemplo, que reproducimos hoy por cuarta vez de *La Protesta*, de *Germinal*, de *La Batalla*; los «Bandoleros del Sur», de que nos habla Ghirardo en *Ideas y Figuras* último, con tal acopio de datos que la plaga surge con verdadera grandeza, con la grandeza que tiene en la región surera y mediterránea; la odisea ridícula del escultor Derré que nos pinta Soisa Reilly en este mismo número, e *sic de ceteris*...

Blasco Ibáñez ha olvidado, además, la más extendida y quizá la única grandeza de los argentinos que él ha tratado, que es el delirio de ellas que los domina... A esto, que le debe el éxito, ni siquiera lo menciona. Es injusticia en que han incurrido, por otra parte, todos los que prestándose á servir este afán delirante, han cosechado, aquí, su agosto.

Sin embargo, ¿cuánta necesidad hay de mencionarlo! ¿cuánta justicia también!.. Todas las grandezas que hoy podemos ostentar—es decir que ostentan ellos—desde el Presidente, tan aparatoso, hasta estas monografías y otras monografías más, entre ellas la de la *Piedra Muerta*, han nacido ó han sido acogidas, debido á este delirio. Su acción ha sido, pues, fecunda, á lo menos para los que se han dedicado á servirlo. La creación de grandezas, que les estaba encomendada, ha sido laboriosa y activa. Y los laboriosos y activos en esta obra de engrandecimiento—en el papel—han de perdonarnos estas breves notitas sueltas que refieren grandezas de otro género y que se las damos muy gratis..

La grandeza—y también su inutilidad—del «Archivo del General», las policías bandoleras y las burradas de la señora de Castex, principal dama, juntamente con los aprietos de Derré—con su modestia y sólo su gran valor en esta tierra en que, el que menos, se acompaña de dos lacayos con librea y calzón corto—merecían ser conocidas..

(Recorte)

¡He aquí las pascuas rojas!—dice la canción de Jacques;—las pascuas rojas en que la crisálida humana, desgarrando su envoltura, abrirá enteramente sus grandes alas. Las ideas, germinadas en la sombra, se desarrollarán lúcidas y triunfantes; se verán bajo su claridad verdadera las cosas que en la obscuridad se veían engañosas y vagas; la justicia, tanto tiempo encerrada en las cárceles, las ciencias, las artes, tomarán vida... Magnífica será la leyenda nueva; todas las naciones se fundirán en una humanidad y todos los dialectos en una sola lengua universal!

De esa aurora estamos cerca; pero es tan lóbrego el sol poniente, tan tristes las ruinas del mundo viejo, que muchos niegan hasta el día de mañana. Así se niega, ante el telescopio, la infinitud de los astros; el mundo de la gota de agua ante el microscopio... Es lo mismo que si los ciegos negaran los colores, los negaran suponiendo que no existen otros ojos abiertos á la luz.

Luisa Michel.

(Recorte)

LA ALONDRA.—Allá abajo, sobre la escarcha, ¿lo ves? Hay un bulto rígido.
EL GUSANO.—¿Rastrea?
EL ANADE.—No.
EL GUSANO.—ENTONCES NO VIVE.

Antonio Zozaya.



Monumento á Luisa Michel, por el escultor Derré

Desistimiento

La humanidad está afectada de caducidad y hay que rejuvenecerla. El cansancio, la fatiga de los hombres, ha traído por consecuencia el desistimiento de la justicia y la confianza en la gracia, que es un azar. No hemos de alentar nosotros esta confianza estúpida, como hacen todas las religiones, por falsa piedad. Hemos, sí, de demostrar racionalmente que la justicia es obra de los hombres y que lo piadoso, en este caso, es instar á los hombres á que la realicen, puesto que pueden realizarla. La gracia, la providencia, el milagro, todas las causas de azar ó de confianza en el azar, deben ser definitivamente desterradas de la mente de los hombres.

El desistimiento de la justicia, como el desistimiento de comprender cuánto ocurre ó nos llama la atención en el mundo físico, son, sobre todo, malos, por ser desistimiento.

Es un error creer que porque atrás, en el bruto, reina como soberana la fuerza, adelante, al frente, no tenemos como término la justicia. La justicia ha de ser obra de los hombres, puesto que sólo los hombres conciben la justicia. Lo que para el bruto ocurre en fuerza de azar, de providencia ó milagro, para el hombre inteligente no ocurre sino naturalmente; naturalmente podrá ocurrir lo contrario, poniendo las cosas en contrario. Las pondrá. Y para realizar este ideal de armonía, de justicia futura, tan ampliamente como lo señaló Bovio—*qué il seme, qué il spiga, qué il diritto*—sólo causas de moralización encontramos en las obras realizadas por el hombre.

La humanidad está afectada de caducidad porque está afectada de desistimiento. Hagámosla querer y lo que ella quiera será.

El archivo del general

Es un bello país este que enfrena Sáenz Peña y Dellepiani educa y representan, ahora, los radicales. Es un bello país y es un país glorioso también. Militares á lo Ortega y héroes á lo Facundo y sabios y políglotas á lo Don Bartolo, —de quien tuvo Carúcci tan lisonjera opinión: «este general ha creído que el Dante era paraguayo; lo fusila por la espalda» — nos dan timbre y glorias insuperadas.

Mirar atrás resulta más educador que empinarse al porvenir, y estornudar ante el polvo de libracos narradores de tontunas, más cómodo que encarar cuestiones de orden social inmediato, —piensan estos herederos de los patricios, contemporáneos de Roca, rey del desierto, y buey también, é impenitente del presupuesto.

Y como así lo piensan, así lo dicen en sus órganos campanudos, serios, como *La Nación*.

¿La cuestión social? — ¡Macanas! Lean la estadística: trigo, tanto, vacas, tantas, burros... ¡oh, cuántos burros!... diez veces más, multiplicadas por diez que los que había el año diez... Son manías de gringos locos contra los que es necesario esgrimir la ley social ó hacer de modo que Falcón ¡el pobrecito! resucite en Dellepiani.

Criollos lindos! Para ellos las cosas marchan como por ruedas. Van al futuro en carreta y mirando atrás; el ombú de las milongas les tira como un cordón umbilical y el recuerdo de «Cepeda» ó

de «La Verde» les pone en los nervios como un estreñimiento de entreveros á daga y poncho.

El chambergo orillero de Don Bartolo, como el peracho blanco de Enrique IV, continúa guiando los héroes á la batalla... por el garbanzo del presupuesto. Y lo que no haga el chambergo, lo hará el archivo del general, compuesto de tontunas sin trascendencia y dimes y diretes de politiquería de entretelones, cuyos beneficios no alcanzarán, de seguro, los trabajadores, pero sí la alta política, que es apeadero de pillos y de antropoides nacidos en este siglo por carambola.

El archivo del general! Un general que hacía versos á lo Gabino Ezeiza y traucía del italiano notablemente.

Glorias, glorias, glorias!

Trípoli vostra, no nostra...

La lucha, que en Italia como en todo el globo, véense obligados á sostener los mentirosos dogmas contra los rudos iconoclastas que los combaten, ha conducido, esta vez, á Trípoli, al pueblo italiano, donde los delirios del patriotismo han hecho olvidar bien pronto á proletarios y obreros el objeto de sus luchas, para cumplir el objeto del gobierno, que al agregar una colonia á Italia, ha agregado importancia á su gestión, vigor nuevo al dogma del Estado y, de una manera muy cierta, ceguera y fanatismo al proletariado; lo mejor para hacer correr por éste mismo á los iconoclastas empeñados en libertarlo, y para hacer construir, ó reconstruir, por sus manos, la grandeza perdida de la monarquía.

La lucha, pues, ha sido de los mentirosos dogmas contra los iconoclastas que trataban de derribarlos. Y no es el menos mentiroso de todos, ese dogma de un imperio colonial, que ya verán como no favorece á la masa de los proletarios sino á los pocos privilegiados que se apropian de la tierra, en beneficio de los cuales se habrá instituido exclusivamente dicho imperio. Italia necesita un imperio colonial, han dicho los que tienen interés en que Italia y todos los demás pueblos del globo, no necesiten sino cosas que puedan arbitrariamente los gobiernos, dentro de la más estricta conservación del privilegio. Italia necesita un imperio colonial, han dicho también los que tenían interés en que hubiera guerra para que hubiera patriotismo, y el socialismo, que en Italia como en todo el mundo, busca la cesación del mal en la cesación del privilegio, fuera, como ha sido, reprimido por el pueblo mismo, más interesado en conservarlo. Este resultado, que ha sido seguramente previsto, prueba que el triunfo corresponde á los mentirosos dogmas; que los mentirosos dogmas son los que han conducido al pueblo italiano á Trípoli, al pueblo que se sacrifica, al que se ha tragado la grande, la enorme mentira de que su Italia, la de él, necesita un imperio colonial, cuando lo que necesita es que cese el privilegio únicamente, que no le colonicen á él también como á tierra turca...

Luego ¿qué nos dicen todos los diarios á coro que van á *civilizar* en Trípoli, que van á crear allí patria italiana para los italianos que tienen la triste necesidad de emigrar? ¿Ignoran lo que son los imperios coloniales, el francés, el belga, el portugués; ignoran lo que han sido aquí en América, lo que son aún en los territorios, sin necesidad de mencionar el del Chaco ni el de la Tierra del Fuego, las administraciones coloniales? Pronto habrán de darse cuenta, los

que vayan sólo á trabajar, de las delicias de la administración colonial. Pronto habrán de renegar también de haber contribuido con su sangre y su esfuerzo á levantar aquellas colonias que sólo enriquecen á los funcionarios y donde el trabajador y el colono tienen tan pocos derechos efectivos con tan gran recargo de declaraciones escritas. Y será un bien que se convengan, vayan convencidos.

Tiene razón el ministro

Parece ser que el ministro, en una de las últimas sesiones del congreso, ha insinuado—«timidamente»—la necesidad de que la ley militar extienda su brazo fuerte sobre la prensa, lleve su jurisdicción, hasta las redacciones, enfrente, en fin, con buen freno á esos que hablan del ejército y la armada cuando nadie se los manda.

Y es de oír la gritería del periodismo contra el ministro por esto. *La Nación*, en una de esas salidas como de madre que de un tiempo á hoy le son frecuentes, le dice hasta desgraciado. Los otros, el que menos, le

dice sonzo. Y todos, con esa brava elocuencia que los es típica alzan en pavés el artículo 32 de la constitución. Según éste—dicen ellos—que aquí hay *libre libertad* para la palabra escrita. Y que á no ser que, de un salto, nos volviéramos cien años, la insinuación del ministro no prosperará por bábara.

Nosotros, que en estos *grandes debates* quedamos afuera siempre, al margen, sin el derecho siquiera de decir como los de la asonada clásica: «el pueblo quiere saber de lo que se trata»—vamos no obstante á aventurar dos palabras. Timidamente.

Eh! animales! Tiene razón el ministro. Y la misma razón que tuvo el congreso contra nosotros para votar la ley Social cuando le exigimos la abrogación de la de Residencia, la tiene contra vosotros, ahora que le exijis mejoras, ó qué sabemos, en la armada.

Y no hay para que encojerse por esa jurisdicción, cuando de hecho y de derecho, por la ley social, todos estamos, cuadro ó no cuadro al artículo 32, bajo la más repugnante y bárbara de las jurisdicciones: la policial.

Eh! animales! Tiene razón el ministro!

EN MONTEVIDEO

La salvajada policial del sábado

González Pacheco y otros compañeros, heridos

Armado ya EL MANIFIESTO, González Pacheco que llega de Montevideo con la cabeza rota, hace abrir las formas para dar lugar á la inserción de las dos cartas que siguen, en las que se explican los hechos en la forma que ocurrieron. Es de advertir que González Pacheco había ido á Montevideo con el objeto de dar una conferencia y que al regresar con la cabeza rota no lo ha hecho sin enviar antes á su destino las dos cartas que van á continuación. La premura del tiempo, nos impide hacer crónica más detallada.

Al director de Tribuna Popular.

Colega:

La noche del sábado, como es del dominio público, nos asaltó en plena calle la policía. Para que no cantáramos el himno de los trabajadores intervinio sable en mano. Yo, que vengo del país de las represiones, desconocía sin embargo esa forma expeditiva, maravillosa. Protesté mi admiración ante un señor que diz que es el comisario Fontana, y me abocó su revólver. Un sargento hizo lo mismo. Los guardias desenvainaron los sables. Y todos, para que nos disolvieramos, nos cargaron. Estábamos de armados. La resistencia que hicimos fué esa que dicta el instinto de la conservación: remolinear, gritarles que no pegaran. Pero esto no los calmó, pues, de seguro, iban con el propósito deliberado de golpearnos. Y nos golpearon. Ignoro cuantos de mis compañeros fueron heridos. Sé de mí que tengo un hachazo en la cabeza y un golpe de lomo de sable en la frente. Pero supongo que los tiros de ese que me han dicho que es comisario y los de su sargento, habrán ido á alguna parte...

Y bien, señor: no acudo en son de protesta. Yo me allego hasta el colega y le digo: tal como los relato son los hechos; tal puede creerlo porque el que se lo dice es un hombre honesto que no sabe mentir. Y tal se los entrego á su imparcialidad, sin comentarios.

También le ruego me le dé publicidad á esa carta que le adjunto para el «compañero» Balle. De todo, le será grato.

R. G. Pacheco.

A don José Battle y Ordóñez.

Compañero Pepe:

Anoche, al salir del Centro Internacional, sus hombres nos han herido. Gente honesta, nosotros, opusimos frente y pecho—es decir, valor y luz—á los sables, en lugar de los tiros que merecían.

Por cantar, don Pepe, por cantar el canto de los trabajadores, los que no están presos del grupo que iba conmigo, tienen las cabezas rotas.

Y no me queje. Mi cabeza tiene ahora una boca al infinito y mi pobre frente dura una bella rosa roja tallada á sable.

Yo no me queje. Pero yo quiero que sepa usted, don Pepe, lo que dice esta otra boca que me han abierto en el cráneo.

Dice: así, justamente así, empezaron allá, al otro lado, menudeando de hacha y plano, los sablazos... Pero el desquite, pero el desquite fué bello también y rojo como esta rosa que, en la frente, me han esculpido sus sables! Nos desquitamos siempre los anarquistas! Usted lo sabe, *compañero* Pepe! Todos lo saben. ¡Salud!

R. González Pacheco.

Domingo 13 de Octubre de 1912.

(Recorte)

El hombre es víctima de su debilidad, de su falso concepto de la vida y de sí mismo. Si es verdad que el «error engendra el dolor y la verdad engendra el goce», arrójese lejos el prejuicio de que la mujer es una cosa que pertenece al hombre como un perro ó un trapo; se pertenece á sí misma y es dueña absoluta de su voluntad para entregarse libremente á los impulsos de su corazón ó al instinto natural, lo mismo que nosotros. Considerando la mujer como un sér igual á nosotros y no como un juguete para nuestra distracción; cambiando así nuestro criterio para juzgarla, cambiaremos nuestro estado psíquico, librándonos de un error que engendraba el mal psíquico...

El escultor Derré

De repente, llegan á Buenos Aires hombres desconocidos, sin talento ni plata, que se imponen. Adquieren celebridad en veinticuatro horas. Toda la aristocracia zapateril y almacenera, los recibe. Los elogio. Los ditirambiza...

—¿Quiénes son?

Nadie lo sabe. Son los corsarios modernos que vienen en busca de fortuna, sin más patrimonio que su audacia, sin más mérito que su astucia y sin más capital que su apetito...



TRONC DES PAUVRES

Un día, Víctor Margueritte me contaba en su habitación del «Grand Hotel»:

—Es curioso lo que ocurre en la República Argentina. Ayer, en el aristocrático salón de la señora Susana Torres de Castex, una bella dama, muy rica, me decía:

—Tengo en mi casa un cuadro del célebre pintor Asnières. Es una maravilla.

—¿Quién es ese pintor?— inquirí.

—¿Asnières? ¿No conoce Vd. á Asnières?

—No.

—Pues es un célebre pintor francés. Víctor Margueritte se asombró de no saber quién podía ser aquel célebre Asnières, cuyo nombre jamás oyerá pronunciar en Francia.

—¿Asnières? Estará Vd. equivocada, señora. El único Asnières que yo co-



EL ESCULTOR EMILIO DERRÉ

nozco es un pintoresco pueblo, próximo á París.

—No, monsieur Margueritte. Es un pintor. Se llama Asnières. Es célebre

en Francia. Es un hombre rubio, de hermosos bigotes...

—¿Y quién le dijo á Vd., señora, que es célebre en Francia? Allí nadie le conoce. Se lo aseguro.

—Es que en Francia, — le respondió la dama, — no quieren reconocer talento á ningún artista que no haya estado primero en la Argentina.

—Pero, por lo menos, — insistió monsieur Margueritte, — ¿quién le ha dicho á Vd. que ese señor Asnières es un artista célebre?

—Pues lo dijeron todos los diarios del Rosario y me lo recomendó el ministro Ernesto Bosch.

entre nosotros el autor de la «Gruta del Amor» y de la estatua de Ferrer, en Montmartre...

En la exposición ecléctica de la calle Florida, Derré expone algunos bocetos admirables. El Arco de la Primavera ó del Amor es simplemente hermoso.

—¿Para dónde es esto? — alguien le pregunta.

—Es un boceto — responde — para que el gobierno lo proteja. Quiero hacer un gran arco triunfal que, colocado en Palermo, sirva de pasaje á la juventud y al amor. Quisiera que bajo ese marco desfilaran el primer día de la primavera,

—¿Y por qué no lo ve? Tal vez Anchorena le compre alguna estatua para el municipio...

—Sí. He ido... Pero, como mi traje



LA GRUTA DEL AMOR

de artista no seduce á los porteros, hace más de dos meses que espero en vano. Verá Vd. Voy á la municipalidad. Los porteros me hacen pasar á la sala de espera. Allí espero. Espero... Al fin, me dicen:

—El intendente se fué.

Y yo tengo que irme, sin verlo. Pero, no me quejo. En todos los países los imbéciles son iguales...

Y Derré sonríe con su cara de loco y con sus ojos sabios en melancolía...

Tienes razón, bueno y grande y fantástico Derré! En todas partes los imbéciles son iguales! Como también, en todas partes, los hombres de talento como tú, son iguales á tí!...

Seguirás por el mundo cual un quijote, derramando tu arte á manos llenas. No te acobardes. Mucho más vale el aplauso de unos pocos hombres inteligentes que el apoyo mercenario y limosnero de cien Anchorenas de la aristocracia del betún...

Juan José Soisa Reilly.

(Recorte)

Enemigo de la desigualdad social, no me limite á lamentarla en sus efectos, sino que quise combatirla en sus causas, seguro que de ese modo se ha de llegar positivamente á la justicia, es decir, á aquella ansiada igualdad que inspira todo afán revolucionario.

Si la materia es una, increada y eterna; si vivimos en un cuerpo astronómico secundario, inferior á incontable número de mundos que pueblan el espacio infinito, como se enseña en la universidad y pueden saber los privilegiados que monopolizan la ciencia universal, no hay razón ni puede haber pretexto para que en la escuela de primeras letras, á que asiste el pueblo cuando puede asistir á ella, se enseñe que Dios hizo el mundo de la nada en seis días, ni toda la colección de absurdos de la leyenda religiosa.

La verdad es de todos y socialmente se debe á todo el mundo. Ponerla precio, reservarla como monopolio de los poderosos, dejar en sistemática ignorancia á los humildes y, lo que es peor, darles una verdad dogmática y oficial en contradicción con la ciencia para que acepten sin protesta su infimo y deplorable estado, bajo un regimen político democrático, es una indignidad intolerable y, por mi parte, juzgo que la más eficaz protesta y la más positiva acción revolucionaria consiste en dar á los oprimidos, á los desheredados y á cuantos sientan impulsos justicieros esa verdad que se les estaba.

Francisco Ferrer.



MONUMENTO A FRANCISCO FERRER

La anécdota es verídica. Así pasan las cosas...

En cambio, cuando llega de tránsito un artista célebre como Emilio Derré; cuando llega un escultor cuya fama se desborda de Francia; si no trae recomendaciones, nadie le conoce. Nadie, tampoco, le reconoce méritos...

Sin embargo, Derré es un artista. Hondo y fino, sabe trasladar á la piedra la emoción del ensueño y la fuerza viril de sus ideas. Es un bohemio que atraviesa la vida, derramando luz cerebral y belleza de alma, sin pedir á los hombres otra cosa que cariño y bondad y simpatía para su pobre corazón enamorado de aquello que es más grande en la vida: la vida!

Hace varios meses que está en Buenos Aires, y á no ser por algunos artistas y escritores que se han preocupado de que Derré sea comprendido por el público inteligente, nadie sabe que se encuentra entre nosotros el famoso autor de los monumentos á «Luisa Michel» y á «La mennais»; nadie sabe que vive

todos los enamorados, y se dieran un abrazo y un beso...

Es un lírico. Es un soñador empedernido que hace con el mármol, lo que su ensueño le sugiere. Es un artista que sueña para los hombres con obras de belleza y de bondad. Cree que si la música de Orfeo domesticaba á las fieras, el arte puro puede domesticar al hombre.

—Yo quisiera, — dice, — que cada farol fuera una obra de arte. El arte no sólo embellece la vida, sino que hace mucho más buenas y más nobles á las gentes... El día que en las calles abunden las obras de arte, habrá menos crímenes...

Y lo doloroso es que siendo un gran artista, pocos se percatan de que Derré merece los honores de un elogio sincero. Como no ha venido recomendado por ningún millonario imbécil y analfabeto, nadie le conoce.

—Traigo, — me dice, — una carta para el intendente Anchorena.

Burrada

La burrada de esta quincena corresponde a los metodistas:

«¡Malo, muy malo! — ¡Esto no debe seguir así! — ¡Es forzoso que esto cambie!

— ¡Pero qué! ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

— ¡Cómo! ¿No lo ve, no lo oye, no lo palpa usted? ¡Y nada menos que en el siglo de la electricidad, de los aeroplanos, y telégrafo y teléfono sin hilos; con tales escuelas, y maestros que se desgastan educando; con tantos libros, periódicos y revistas en que colaboran tan notables filósofos, moralistas y científicos; con tanta policía y prisiones correccionales; tantos médicos con todo un arsenal de instrumentos, rayos y sueros, para descubrir y aniquilar los microbios que roen el organismo; con tantas iglesias, seminarios y conventos repletos de hombres y mujeres consagrados a combatir la maldad y a perfumar al mundo con los aromas de su santidad!...

Pero, con esto y con tanto medio civilizador de que nos enorgullecamos, ¿no ve, usted, como estamos plagados de egoísmos, mentiras, fraudes, orgullo, chismes, robos, rencillas, impurezas y crímenes horribles? ¿Cuántos hijos perversos, desobedientes y vagabundos! ¿Ese delirio del *lujo* que causa tantas trampas, encarece la vida y arrastra tanta víctima a la infidelidad y la impureza! ¿Esas orgías, embriagueces y juegos que gastan el físico, vacían el bolsillo, llenan de pesar y vergüenza el corazón, llevando para la esposa, los hijos o los padres la desnudez y el pan cotidiano de las amargas lágrimas! ¿Cuánta angustia, duda, aflicción y pena, amargan los corazones y destruyen la paz y el amor en los hogares!

¡Oh! *Protestamos* contra todo esto. Proteste usted también. Esto no conviene que siga así!

¿Podrá cambiar?—¿Cómo cambiará?

Conocemos el medio, *único y eficaz*, para conseguirlo y se lo diremos a usted y a todos los que asistan a las reuniones que celebraremos, y en las que hablarán los siguientes ministros metodistas, etc. etc...

¡Todos son bienvenidos!

Recorte

El mal de la policía parisiense como el de todas las demás, pues la institución hállese en crisis por doquier, proviene de que los gobiernos convierten la cada vez más en policía política, sacrificando su misión vigilante y precursora a propósitos de persecución inquisitorial.

Lo que perturba a las policías del mundo entero es la obsesión anarquista, esta nueva y regresiva forma de herejía que presupone un libertario en todo delito, así como durante la edad media, el diablo era el único responsable de toda calamidad. Y es que nada hay tan estéril como la persecución a las ideas. El perseguidor de fanáticos, acaba por fanatizarse a su vez; y como aquel elemento esencialmente volátil se le escapa siempre, la persecución conducido muy luego a la insensatez de las carreras al vacío.

Pudo verse la vez pasada como la misma policía de Londres, tan flamática, tan zagaz, perdió la chaveta, apenas creyó anarquistas a aquellos otros cuatro ladrones, cuyo bloqueo dió

que hablar al mundo entero, y ya no le fueron bastantes sus propios elementos, sino que recurrió a la tropa de línea y aún a la artillería en plena Londres, arruinando todo un bloque de casas con una desproporción a la vez trágica y ridícula.

Esta misma obsesión enferma a la policía de París, quien con motivo de cada crimen famoso, lánzase sobre la pista anárquica, errando invariablemente la buena.

La prueba de que la obsesión anarquista de las policías conviene al mundo criminal es que todos los bandidos decláranse anarquistas. La anarquía es la bomba vaga donde todos los gatos son pardos y a fuer de tales se escabullen, mientras las policías dispersan su vigilancia en millares de individuos por el hecho de ser anarquistas, considerándolos cómplices «a fortiori».

Si así fuera, nadie osaría dar un paso durante la noche por estas calles de París, donde uno atraviesa extensiones de diez o quince kilómetros sin dar con un solo agente. Sin embargo los anarquistas parisienses no serán menos de trescientos mil, a contar solamente los militantes.

Los criminales son pocos, por el contrario, y sólo tienen dos zonas de relativa temibilidad: el barrio de los mercados centrales, que por doquier es clásico en la materia, y la entrada de Montmartre, almacén del alcoholismo y de la prostitución.

Más lo que principalmente perjudica a la policía, es el abandono de su misión preventiva por el oficio de perseguidora; la obsesión anarquista; la guerra contra las ideas. Sin crisis consiste en que aquí como por todas partes, adopta el anacronismo de volverse cada vez más despótica, ante un mundo cada vez más sediento de libertad.

Leopoldo Lugones.

Fermin Salvochea

De 1873 yo no guardo sino dos recuerdos en firme: el del saqueo en Málaga, por las turbas, del cuartel de la Merced y el de mi gran colección de cajas de cerillas, en que toda la vasta iconografía revolucionaria de por entonces, dejó trazados sus rasgos fisionómicos para la posteridad.

¡Ah, mi profuso museo de celebridades, que en su mayor parte no merecieran haber salido de los limbos de lo inédito, y el ardor con que las admiraban mis extasiados ojos infantiles!

Veo, sigo viendo los nobles perfiles y las faces innobles, los unos aristocratizados por el ideal, las otras envilecidas por la vulgaridad, de aquellos grandes pecadores que hicieron la revolución y no supieron luego, miseros, conservarla; el perfil correcto de Figueras, la testa inquieta de Roque Barcia, la calva pedagógica de Salmerón, la cara enfática de Castelar, la faz borrosa del precursor Orense, la noble máscara socrática de Pi y Margall... En mi pinacoteca de cajas de cerillas el retrato de Fermin Salvochea, el menos arrogante de todos, pero el más personal, ocupaba lugar de preferencia, y mentalmente, por inspirados atisbos que luego la edad ha convertido en razones, yo lo había colocado bajo un dosel.

Sigo evocando, pasando revista a esos recuerdos neblinos de mis años idos... En mi casa mi padre hablaba de Pi como de un energúmeno; de Salvochea, como de un diablo. Alguna vez sorprendí el gesto de la, signación facial en

los dedos de las mujeres, que, al ocuparse de la cosa pública, citaban el nombre nefando de Salvochea al acaso.

Lo miré entonces como una figura milenaria y maldita, el Ante Cristo... Yo creo que todos los hombres de mi generación llevan sobre sus hombros este pecado de origen.

Pasaron años y años. Supe de Figueras el pavor, de Barcia la oquedad, de Salmerón la ineptia, de Pi el extatismo; y sólo Salvochea, de entre toda aquella inmensa balumba de hombres y de cosas, me resultó lógico, tremendamente lógico, con la frialdad y la inexorabilidad también de un teorema matemático, porque sólo Salvochea había evolucionado, mientras que los demás permanecían voluntariamente reclusos en las celdillas de sus dogmas.

Lo vi en Madrid un día bueno, señalado con signo de júbilo en mis anales.

Era un hombre alto, flaco, quizás musculoso, seguramente neurótico y sanguíneo.

Y ese hombre extraordinario, por un esfuerzo colosal y constante del ánimo, llegó a dominar motines de sus nervios y borrascas de su sangre, al extremo de aparecer siempre en la vida social con el aspecto sereno y tal vez anti-pático de un absoluto estoico. Era la suya una cabeza vulgar—me refiero a la configuración del cráneo—de fraile ó de guerrero, construcciones fisiológicas que se tocan hasta confundirse,—siempre cuidadosamente rapada, y siempre frente a la vida, heroicamente erguida, salvo cuando, cortesana del infortunio, se inclinaba ante los desgraciados. Pero la impersonalidad de aquella cabeza, casi neutra, estaba magníficamente rectificada por la expresión de los labios y de los ojos, velados por antiparras, en que todo era una sublevación. Yo debo, sin embargo, declarar que no vi alrededor de su frente, el nimbo rojo que tantas veces he creído entrever, como un halo sangriento, circundando las sienes de los trágicos profetas de ahora.

Me acogió con grandes albricias; me regaló con el dón de su amistad.

Enamorado de la aurora social en que yo creía a los veinte años, le llevaba noticias de nuestro vago planeta Urano, de los Reclus, de Kropotkin, de los revolucionarios que había conocido en mis andanzas por el mundo.

Cuando vino a Madrid, elegido por la unigénita Cádiz para representarla en las Constituyentes del 69, Salvochea realizaba en su exterior, educado en Londres, el tipo acabado del *gentleman*.

Gastaba cinco duros ó más en tabaco todos los días, bebía abundantemente *brandy and soda*, requebraba gentilmente a las muchachas... Y aunque era un demagogo, llevaba su toga con el mismo aire patrio que Catilina, su enorme ancestral.

Luego, cuando yo le conocí... usaba trajes inferiores; camisas baratas, aunque de blanchura inequívoca; botas con frecuencia asaz descuidadas. No fumaba ya, no bebía, no requebraba a las mozas, no tenía dinero, lo había dado. Era el esposo austero del Ideal.

Un día fué a la lista de Correos a recoger una carta.

—¿El nombre de usted?

—Fermin Salvochea.

—¿Trae usted la cédula?

—No la uso.

—¿Algún documento personal?

—Si vale éste...

Y le alargó su boletín de presidiario que había cumplido su condena.

Otro día, habiéndolo yo encontrado la víspera con una capa lujosa, que á gran pena había aceptado de su generoso amigo el señor Niembro, y cubierto con

paños mal traídos y llevados, respondió á mi interrogación:

—¿Para qué necesitaba yo dos capas? He dado la otra á un compañero. Me avergonzaba por lo lujosa.

Sería yo inagotable hablando de este hombre raro, raro en el sentido en que Baudelaire empleaba la noble palabra. Y ofrezco á un editor químérico que quiera salvarme del malvivir mía una gran colección de anécdotas referentes al santo y terrible grande hombre moral á quien Cádiz, la ciudad unigénita, enterró el domingo pasado.

Alejandro Sawa.

De lo verdadero y de lo falso

Hacer el elogio del femenino es hacer el elogio de la mentira. Todo es ficticio, artificial y hechizo en la moneda dorada del cariño de las mujeres; pero todo es engaño hecho en honor del hombre, como las farsas del teatro. La mentira en labios femeninos — la dulce mentira precipitada que mueve sus bocas como petalación de rosas — reviste caracteres de homenaje, dice Remy de Gourmont; la verdad es cruel y desconsiderada, la dicta la falta de respeto ó de piedad por el amante, y ningún elogio puede hacerse de ella puesto que alabarla sería, en muchos casos, como alabar el cinismo... La sinceridad, como la franqueza, deben tener una ética y una estética para que sean bellas. La «bella sinceridad» es, de todas las franquezas, la única que bien suena...

La mentira vale tanto como la verdad, en amor. El teatro vale tanto como la vida, si se prescinde que su fábrica es de cartón, y á la verdad que nada se gana con recordarlo. Ni se pierde tampoco; pero... ama el amor! dicen los franceses. Y amando el amor, ¿qué tiene si es mentira, qué tiene si es fábula?... Tanto da, mientras aporte pan y vino á nuestras juventudes ó nuestras vejeceñas!

Notas administrativas

A los que recibieron paquetes del primer número. — Como anunciamos, suspendemos el envío de EL MANIFIESTO á todos aquellos que no nos acusaron recibo. A los demás les rogamos que tan pronto coloquen los ejemplares solicitados, nos remitan el importe en giros postales ó estampillas de correo. Todos los valores á nombre de Rodolfo González Pacheco, Montes de Oca 972.

EL MANIFIESTO seguirá saliendo. — Un compañero suscriptor á un ejemplar del periódico, nos envía desde Monteros, prov. de Tucumán, cinco pesos por su número. Y otro, desde Diamante, Entre Ríos, diez pesos. Y otro, un obrero de Córdoba, nos dice que ha colocado entre amigos, á más precio del escrito, sus ejemplares, para ayudarnos. Todo esto tiene para nosotros, un gran sentido moral. Nos prueba que no estamos tan solos; que nadie nunca está solo, si es anarquista; que siempre hay para estas obras quien dé más de lo que le corresponden; y que, en suma, EL MANIFIESTO seguirá saliendo!

Y nosotros que tenemos tan honda fe en los amigos, calculen con estos esternos alegres, moralizados por estos desprendimientos. Calculen cuánto les seremos gratos á quienes, con estas cosas, nos dan motivos para más fe y más moral!

Gracias!

La Anarquía Triunfante

Un antiguo, activo é inteligente luchador, afecto de decadente pesimismo y sintiéndose desalentado por la desorganización de los compañeros en España, se ha dirigido á un grupo de compañeros anarquistas, exponiéndoles sus dudas acerca de la eficacia de sus trabajos y pidiéndoles consejo. Estos compañeros, compadecidos por el morboso estado mental del compañero comunicante, han creído conveniente dar una contestación pública que, á la vez que responda á la confianza individual, sirva como preservativo á los iniciados en el movimiento anarquista en particular y en el sindicalista en general.

He aquí los síntomas que presenta;

Desaliento enervador;

Pregunta si va á desaparecer el anarquismo;

Teme que los anarquistas no inspiramos ya miedo ni respeto á los gobernantes;

Sospecha que se ha sufrido una desviación;

Le preocupan las luchas personales; Le ardean los superhombres;

Habla de propagar más directamente al obrero.

Los compañeros que han recibido tal comunicación, me han encargado de su contestación para lograr el objeto indicado, y, aceptado el encargo, he aquí su resultado.

1

Ni desaliento ni desorganización

Pienso, y lo que voy á exponer es lo que me ha decidido hacer pública esta manifestación, aparte del mencionado encargo, que lo que necesita el mencionado consultante no es consejo, sino vitalidad intelectual, algo íntimo, propio, personal, que no puede darle un consejo ni ningún impulso exterior: tocado de un soplo de escepticismo, y recordando pasadas alegrías, aquellas incomparables alegrías que sólo experimenta el que por impulso de apóstol se siente capaz de las grandes y transcendentales empresas; el doliente compañero echa de menos el entusiasmo perdido, aquel ardor que le daba ánimo para realizarlas sin contar con que los otros fueran activos ó indolentes.

[Triste y penosa situación! porque eso, que no es ilusión desvanecida sino que es como la juventud dentro de la vida de las ideas, y cuya pérdida lamenta el escéptico decadente, si no se conserva por amor á la verdad generalmente despreciada y por la delicadeza del sentimiento herido ante la vista constante de la iniquidad, una vez perdido, no se adquiere por segunda vez, y, si se tiene, no se conserva puro y eficaz, repito, por medios exteriores ni con la receta de ningún doctor.

Aquel que, en medio de las contradicciones, penas y vulgaridades de la vida ordinaria, descubrió un día entre las brumas del error, del convencionalismo y aún del atavismo, la luz de una verdad que alumbraba bellísimos horizontes, y dió hacia ellos los primeros pasos por impulso propio, gozoso y aún orgulloso de sentirse solo en pensar, sentir y obrar de aquel modo; engrandecido hasta lo sublime en su pequeñez y en su soledad, y confortado hasta el punto de tener en poco y como enemigo despreciable la tropa de usufructuarios del privilegio, no hubiera comprendido, no hubiera

querido comprender el significado de las palabras *desaliento, desorganización*.

Recuérdese cada uno de esos grandes hombres que, como resumen de la actividad de generaciones anteriores, abren por sí solos via para la marcha de la humanidad, y los veis afirmando su verdad sin apartar de ella su vista, viéndola existente, indestructible y modelando el pensamiento de los hombres futuros lo mismo que el funcionamiento de sus futuras instituciones, sin pensar que tenían contra sí todos sus contemporáneos y que solo podían tener en su favor el corto número de rebeldes dispuestos á aceptar las innovaciones, y aún éstos desvirtuados por multitud de taras atávicas á la vez que por el vicio de vana crítica que lleva á muchos neófitos á convertirse en dogmatizantes y definidores, y á considerarse, con razón ó sin ella, superiores á los que les antecedieron en la exposición de las ideas.

A mi ver, *desaliento* es debilidad intelectual, ofuscación, desvanecimiento de la grandeza del primer impulso, empujamiento y al fin cobardía, disfrazada con los nombres de desengaño, prudencia, reconocimiento de la realidad, y de ahí el lamento por la *desorganización*; sin considerar el lamentador que, dominado por la carcoma escéptica, si el proselitismo cundiera y la organización se extendiera, más que sentirse reforzado por los que se acercasen extendería la debilidad continuando á los neófitos.

He desconfiado siempre de la interpretación generalmente dada á este aforismo: «la unión hace la fuerza». Para mí, un hombre sano, vigoroso, ilustrado, consciente y enérgico; lo que se dice un hombre equilibrado, de esos que rompen la cadena de los atavismos y se convierten en precursoros, que rompen con el pasado é inician la vida futura, vale más que una multitud de abúlicos, enclenques, tímidos y vacilantes.

Con un hombre, y mejor con muchos hombres equilibrados física é intelectualmente, se puede ir á todas partes, como suele decirse; con los que de esta clase de hombres acepten unos principios, un ideal y un criterio, la unión no es masa indiferenciada, impersonal y pegajosa, sino suma de unidades, coincidencia de inteligencia, pasión y voluntad entre hombres equivalentes aunque con múltiples aptitudes; mientras que con hombres degenerados, aceptados tal como la sociedad los hace, reglamenta y regimenta por la degeneración, la explotación y el autoritarismo la unión no es fuerza sino impedimenta, y con ella se llega no más hasta donde ellos pueden ir, porque esa unión resulta rebajamiento de nivel; para facilitarla se acorta la talla para que entre el mayor número, como se hace para la recluta de la tropa, y se da un dogma para que digan *amen*, como se hace para que abunden los creyentes; y así resulta que, acostumbrados á la servidumbre, no pasan del terruño, de la fábrica, de la iglesia, del cuartel, del colegio electoral y, estirando mucho, llegan hasta el sindicato obrero: si les habláis de justicia, no la ven más allá de la ley y de los tribunales, llegando en su lenguaje hasta llamar justicia al alcalde y al alguacil; si queeris interesarles en las delicadas de la vida, responderán como sibilas de lupanar ó de taberna; si les mostráis las

grandeas del saber, rendirán á lo sumo estúpida veneración al sabio cuyo nombre se haya pegado á su memoria; si tratáis de interesarles en la cosa pública, se prestarán á seguir al cacique político y votar al candidato más populachero; si le habláis, por último, de revolución social, se limitarán á practicar en el sindicato de su oficio la rémora societaria, y hasta se declararán anarquistas si les da por justificar desarreglos de conducta ó una absoluta amoralidad; es decir, siempre pobres reptiles, incapaces de levantar la cabeza, extender la mirada y realizar el noble gesto revelador de la energía y de la dignidad.

Para explicarnos el fenómeno, no olvidemos la influencia del atavismo, — semejanza con los antepasados, — especie de rutina fisiológica que, reforzando la rutina de la costumbre, obra sobre todos sin excepción, desde el más independiente intelectual hasta el más rudo analfabeto, y que sólo se atenta, sin destruirlo nunca, por una gran tensión mental y por una voluntad firme y racionalmente educada.

El atavismo impera en el mundo en una proporción formidable, y su manifestación es el misonismo, el odio á toda innovación.

Se comprende que así sea, porque por su esencia misma la rutina estradición y amor á lo tradicional, á lo viejo, á lo antiguamente estatuido; pero lo que parece inverosímil, aun que también tiene su explicación, es que el atavismo esterilice la acción de los mismos innovadores; y así vemos anarquistas que tienen arraigadísimo el vicio de la dominación, y otros el de la sumisión: hombres que de haber nacido en otras épocas hubieran ejercido el oficio de herejes al estilo de Calvino, que martirizaba cristianos más ó menos ortodoxos, é incrédulos y rebeldes á la usanza del ciudadano Nerón ó de aquellos iconoclastas que destruyeron templos, imágenes y creyentes porque no pensaban ó mejor dicho, no creían como ellos.

¿Qué diría el desalentado por la organización si, sintiéndose anarquista, hubiera nacido cien años antes? Con masas proletarias educadas por la fraileocracia, y con una mentalidad que les inducía á gritar «vivan las caenas», todos los esfuerzos propagadores serían ineficaces y la organización completamente nula. Sin contar que el solo hecho de manifestar sus ideas era peligrosísimo, y ni siquiera permitía el recurso de retirarse desalentado, porque antes le hubiera retirado la brutalidad autoritaria cuando no la misma ignorancia popular.

¿Por qué se ha de desalentar hoy ningún propagador en vista del grandioso movimiento emancipador de los trabajadores? Hoy existe una protesta universal contra el capitalismo, la cual ha producido la unificación de las aspiraciones obreras debido á la facilidad moderna de las comunicaciones, á la emigración, á la prensa obrera y hasta la misma persecución de los gobiernos, que obliga á internacionalizar la solidaridad para el socorro á la vez que para la resistencia, habiéndose lanzado la idea de la huelga general internacional y el boicote para castigar injusticias nacionales y reprimir ardores bélicos; y cuando todo eso está patente, en pleno vigor y actuando como activísimo motor de actividad progresiva, manifestarse desalentado es retirarse, ponerse al margen y quedar rezagado mientras la

columna avanza arrogante, presurosa y arrolladora.

II

No desaparecerá el anarquismo

Ahora me hago cargo de esta pregunta:

«¿Va á desaparecer el anarquismo?» Ante todo, á los que preguntan eso ha de responderse con otra pregunta: ¿Va á ser eterna la autoridad?

¿Qué anarquista osará responder afirmativamente? Ni aún lo del famoso *cero de la autoridad* puede invocarse como respuesta.

Cualquiera que fuese la opinión de un desequilibrado, ello es que no puede dejar de ser lo que es natural encadenamiento cronológico de sucesos: si el curso de un río no se detiene ni menos se vuelve hacia su manantial; si la desigualdad social por usurpación de riqueza y de mando se desprestigia más cada día, y la igualdad se va mostrando por racional compensación esplendorosa de razón y de justicia; si lo que es en sí y por sí como abstracción intelectual, como hecho histórico y como inducción racional para lo futuro, es mal apreciado y peor comprendido por hombres de nuestra generación y hasta por anarquistas declarados, á causa de su escasa instrucción, de su salud averiada ó de su temperamento circunstancial, á la anarquía, ideal hoy, realidad mañana, le es absolutamente indiferente.

Conste: anarquía es una cosa y anarquismo es otra. La anarquía es el complemento del hombre, el curso regular de los sucesos, la obra del tiempo y en último extremo la verdad matemática, y el anarquismo es la variabilidad de los anarquistas; la una es roca inmovible, escollo ó puerto de salvación, según el punto de vista del que juzga; el otro es la veleta que girará á impulso del entusiasmo juvenil, de la traición boarde y egoísta, del escepticismo caduco.

De la anarquía se recibe inspiración, porque es la verdad que impulsa y guía; del anarquismo se ha de tomar lo bueno que pueda dar de sí—iniciativas racionales de propaganda y de combate, demostraciones científicas, críticas sociales, avances sociológicos, inspiraciones artísticas, etc.— y se ha de apartar con cuidado lo que pueda ser nocivo—variedades individuales, envidias y rencillas interpersonales, dogmatismo, sectarismo, miedo ó poltronería disfrazados de prudencia, etc., procurando aprovechar la lección que de ese contraste se desprenda para elevar uno por sí mismo la propia dignidad.

La misma variedad de la idea anarquista que presentan sus expositores y defensores prueba la vitalidad del anarquismo, porque cada diferencia representa, más que diversidad de doctrina, particularidad de apreciación por efecto de circunstancias especiales de ocasión, de temperamento, de sensibilidad y de consiguiente orden de juicios propios de cada individuo.

Hay quien manifiesta tendencias exageradamente individualistas, porque, dificultado siempre por la masa social con sus imposiciones, aspira á una independencia imposible para todo individuo por la natural insuficiencia individual, y hay, por el contrario, quien lastimado al ver el derroche de fuerzas perdidas por rutinaria ignorancia para obtener resultados mínimos ó rendir

tributos á irracionales prejuicios, se dirigen principalmente á la reorganización social desentendiéndose ideas individualistas esenciales.

Nada; diferencia de punto de vista. En resumen, una ventaja; porque cada diferencia puede servir en último término como una especie de monografía que los sintetizadores hallarán como materia aprovechable para sus trabajos de conjunto, tomando todo lo útil, lo comprobado, lo exacto, y desechando lo genialmente particular y disgregante.

«Anarquistas de todas las tendencias, dice Mella en *La bancarrota de las creencias*, caminan resueltamente hacia la afirmación de una gran síntesis social que abarque todas las diversas manifestaciones del ideal. El caminar es silencioso; pronto vendrá el ruidoso rompimiento si hay quien se empeñe en continuar anarrado al espíritu de camarilla y de secta.»

Además, eso de la vitalidad del anarquismo cae perfectamente dentro del orden de aquellas cosas de que dijo un poeta que «son del color del cristal con que se mira», porque su apreciación depende, no de lo que realmente son, sino del estado mental del individuo que juzga, teniendo en cuenta, como dice Buchner, que la intelectualidad depende de las disposiciones corporales ó intelectuales por la educación, la instrucción, el ejemplo, la posición, la fortuna, el sexo, la nacionalidad, el clima, el suelo, la época, etc.

Que hay anarquistas avasalladores, infelices dominados atávicamente por sus tendencias dominadoras; caudillos que inconscientemente miran tras de sí á ver si son muchos, no los que les acompañan, sino los que les siguen; que calculan con criterio utilitario las probabilidades de éxito ó de fracaso de su acción, ó que pierden el tiempo criticando las iniciativas de los otros, no ayudando nunca, censurando siempre y sin hacer obra positiva en pro de la propaganda, de los compañeros perseguidos ó del ideal; esos llevan dentro de sí un burgués con mando, y hay que dejarlos, evitando enredarse con su palabrería, sin hacer caso de su *ojalá* ante los propósitos ni de sus censuras de moral inconscientemente cristiana tras los hechos. Por mi parte no los escucho, y si se presenta ocasión, como ahora, les digo privada ó públicamente mi verdad, que es lo que á mí me parece verdadero.

Resulta, pues, que la anarquía es indestructible, y que el anarquismo, hasta por equilibrio individual y colectivo sean hombres y mujeres lo que han de ser, es el degenerado material humano que para gozar de la libertad suministra el régimen autoritario del privilegio.

Pues con todo y ser así, el anarquismo no desaparecerá, no puede desaparecer; concedido que irán desapareciendo por el sumidero de los desperdicios, arrastrados por mortal enfriamiento ó por corruptor egoísmo, individuos que un día brillaron en el campo anarquista; pero todos dejan en él lo bueno que tuvieron. Y si es verdad, como todo el mundo reconoce, que no hay idea ni energía que se pierdan, sino que, acumuladas y puestas en su lugar, son como los átomos constitutivos del gran cuerpo del progreso, lo que en pro de la anarquía hicieron los ex anarquistas hecho queda, y un hecho puede más que todos los dioses.

Un ejemplo entre mil: en los primeros años de *La Internacional* en

España trabajó en Sevilla un joven inteligente, activo y prestigioso llamado... olvidemos su nombre; sus palabras y sus escritos conmovieron hondamente á los trabajadores andaluces; renegó después y se hizo fraile, pero sus propagados continuaron su obra irradiándola en todas direcciones. Recluido después aquel desdichado en un monasterio de Granada como *de-tritus* en vertedero, la flor inextinguible y continuamente fresca de su pensamiento sigue embalsamando la bella Andalucía obrera, y no sería difícil hallarle determinando en parte el movimiento sindicalista que se admira en toda la América latina, como consecuencia de la gran emigración de obreros españoles hacia aquellas tierras.

Aparte de que á este comunismo intelectual humano llamado filosofía, ciencia, arte y progreso, que forma el patrimonio intelectual de la humanidad, siempre acudirán la juventud con la ingenuidad de la inocencia para reemplazar á los viejos que se excluyen ó se retiran por la muerte ó por la enquería utilitaria, y, por tanto, siempre habrá para la anarquía el refuerzo constante de los hombres de juicio recto y de sentimiento generoso.

Admitamos la suposición absurda de que llegara un momento de que el anarquismo desapareciera, porque todos los anarquistas del mundo, tocados de escepticismo, se retiraran renunciando á la propaganda. ¿Qué sucedería? Los mismos disparates gubernamentales y la insaciable codicia de los usurpadores de la riqueza social darían motivo á que de la informe masa popular brotara, primero como protesta sensacional, y después como impulso consciente y reflexivo, un pensamiento, una iniciativa, una acción revolucionaria con carácter necesariamente anarquista; porque tal es la ley de la historia.

Ha de reconocerse que así como en un momento dado surgió el pensamiento anarquista, en virtud de causas productoras, así se repetirán tantas cuantas veces fuere necesario; coma así se está repitiendo incesantemente á nuestra vista, ya que no todos los declarados anarquistas lo han sido por contacto directo con uno de sus propagadores, y muchos ni siquiera por efecto de haber recibido la inspiración por una lectura, sino por puro sentimiento de justicia ante uno de los infinitos atropellos patrocinados por la tradición autoritaria.

Témannos ó no los gobernantes, lo cierto es que mientras algunos anarquistas, por efecto de sensible debilidad cerebral, ven gris lo que antes veían color de rosa, hay hombres de ciencia, á quienes el anarquismo no les preocupa lo más mínimo, que escriben sencillamente, avalorándolo con el prestigio de su subiduría, pensamiento: tan netamente anarquistas como el siguiente:

«La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos: he aquí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir. Urge, pues, reintegrar el hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad, continuar, en fin, la historia biológica de la raza humana, estanca da por el egoísmo y la injusticia de tres mil años de civilización» (*Evolución Super orgánica*, prólogo.)

Así piensa un hombre llamado Santiago Ramón y Cajal, cuyo nombre se

halla inscripto en el Registro en que consten los nombres de los grandes descubridores de los arcanos naturales y no todavía en el de los sospechosos que conserva la policía para la salvaguardia de los privilegiados.

(Se concluirá).

Anselmo Lorenzo.

La bárbara ley

La vida es un combate. Renovación continua; lucha sin tregua. No se la concibe sino en la manifestación de brote ó de carcoma: vida ó muerte.

La evolución no se detiene jamás: nace la planta, de verdor se viste; viene la flor y se transforma en fruto. No hay pesámes ni lágrimas en la naturaleza sino glebas y abonos.

A flor del osario, sobre el terreno mismo en que celebran sus orgías de podredumbre los gusanos, crecen frescas y revientan en capullos las lozanas hierbas.

En balde la moral en auge tiene á veces, ante las rebeliones triunfadoras de la vida, incriminantes gritos de beata ofendida. La moral en auge es como ciertas solteronas cuando han perdido la juventud: abminan el amor.

Hay que aceptar la vida como un combate. O renegar de la vida resignándose á su suerte como los enanos... ¡O como las mujeres del Serrallo!

Fuerza es que la levadura fermento los amasijos para que alcance el pan su punto:—el máximo crecimiento. Fuerza es que emerjan los almácgos desgarrando el humus poroso de la madre tierra!

Este bregar infatigable y perenne de la vida contra la muerte, adquiere, á veces, magnitudes de catástrofe.

Lo estupendo de la obra del Dante no está precisamente en la inmortal belleza de sus estrofas, modeladas en la forma de tercetos impecables, sino que es debido á que su genio sintetizó en ese engendro monstruo—La Divina Comedia—esta tragedia eterna: La Humanidad.

La Victoria, según el apotegma nietzscheano, es mujer: ama á los guerreros. De ahí que la vida que es victoria de todo lo que surge—Sol ó Retoño—sobre todo lo que se abate—Sombre á Hojarasca—necesita para sus fines tipos perseverantes, activos: machos!

El Triunfo, que por propensión biológica corresponde á tipos superiores—los predestinados por la herencia—en el bregar de la contienda actual, ha de coronar, como un airón de luz, en las frentes más pensadoras.

Hay que avanzar bajo el sol de la propia videncia hacia la incógnita del porvenir, talando las malezas de los obscuracionismos como una eversión iconoclasta entre las marañas del Prejuicio.

Fay que avanzar, confiado en la propia obra, seguro del propio sino, que si nos toca caer ha de quedar un á modo de rastro, señalando nuestro empuje:— así en la tierra el arado; así en el bloque el cincel!

En balde la moral convencional tiene, á veces, ante los desbordes injuriantes de la vida, paradójicos fraseos de misticismo ultraterreno aconsejando la paz y el estancamiento que conducen al reino de los humildes... La vida es rebelión; volitiva intuición de Ser: batallar

eterno. ¡Dura lex que corrobora como un axioma la realidad!

Nadie se escandalizará porque aún ante el hipo agónico del progenitor, el párvulo sonría con la innata santa inocencia de la salud: ¡es la vida que triunfa!

Candelario Olivera.

Correo de "El Manifiesto"

E. W. Punta Alta Recibimos giro por pesos 3. Van los 20 ejemplares.

F. G. Chicabuco. Recibimos pesos 2. Enviamos 25 ejemplares alcanzan? C. O. Diamante. Recibimos giro por pesos 10.

J. B. G. Monteros. Recibimos giro por pesos 5. Gracias.

J. D. Lomas. Recibimos giro por pesos 3.60. Irán ejemplares que solicita.

J. D. Córdoba. De acuerdo. Desde este número van los 10 ejemplares. Mande como le sea más cómodo.

P. P. La Plata. Recibimos giro por pesos 8.

F. S. R. Tandil. Recibimos pesos 1.20 por un trimestre.

F. D. A. Mercedes. Recibimos giro por pesos 2. De acuerdo.

F. U. Vidal. Recibimos giro por ps. 13; 450 para *La Protesta*, por tres suscripciones de esa y *Vivorata* y el resto por suscripciones a *El Manifiesto*. Tomamos nota de los suscriptores.

J. S. Montevideo. Desde este número van los 30 ejemplares.

F. del I. La Plata. Tomamos nota suscriptores.

J. P. Rosario. Van 100 ejemplares J. C. Concepción del Uruguay. Van los 10 ejemplares.

R. G. Rosario. Tomamos nota.

P. T. La Plata. Van 12 ejemplares. Diga si hay que mandarle los otros 5.

E. L. Asunción, Paraguay. Mandamos los 10 ejemplares del primer número. ¿Recibió?

F. T. Asunción, Paraguay. Tomamos nota y gracias. Retiraremos de *La Protesta* los 15 pesos; seguiremos enviando 20 ejemplares.

C. T. Bolívar. Tomamos nota suscriptores y enviamos paquete.

A. D'A. Olivos. Tomamos nota suscriptores. Gracias.

T. G. Salta. Recibimos pesos 1. Irán los 10 ejemplares.

B. P. Tandil. Anotamos suscriptores. Se agradece.

L. P. San Fernando. Enviamos ejemplares. Su carta la recibimos tarde porque iba dirigida á Rodríguez Peña.

A los compañeros que deseen suscribirse, les hacemos presente que la suscripción es de 0.40 por un mes y 1.20 por un trimestre.

Todos los giros ó valores á nombre de Rodolfo González Pacheco. Montes de Oca 972.

Obras de Alberto Ghiraldo

«Triunfos Nuevos» (versos); un volumen de 208 páginas. \$ 1. «Gesta» (prosa); un volumen de 260 págs. (3ª edición) \$ 1. «Alma Gaucha» (drama en 3 actos) 2ª edición, \$ 0.50. «Alas» (comedia en 1 acto) \$ 0.50. «La Cruz», un volumen, (drama en 3 actos en colaboración con Florencio Fernández Gómez) \$ 1.

Depósito de estas obras: Administración de IDEAS Y FIGURAS, Sarmiento 2021, Buenos Aires. Se atienden pedidos por correo, libres de porte. Descuento á los libreros y agentes de EL MANIFIESTO.